



## V

Al día siguiente se presentó Narciso, para decir desconsolado á Pedro, que su primo monseñor Gamba del Zoppo, el camarero secreto, alegaba que estaba algo delicado de salud y pedía dos ó tres días antes de recibir al presbítero y ocuparse de su audiencia. Encontróse, pues, inmovilizado, no atreviéndose á intentar nada por otra parte para ver al papa, porqué, de tal manera le habían asustado, que tenía miedo de comprometerlo todo, con un paso mal dado. Y sin tener nada que hacer empezó á recorrer Roma para pasar en algo el tiempo.

Su primera visita fué para las ruinas del Palatino. A las ocho, y una mañana de cielo puro, se marchó solo y se presentó en la entrada que se encuentra en la calle de Santa Teodora, en una verja que flanquean los pabellones de los guardianes. Y en el acto se destacó uno de éstos, y se ofreció para prestarle sus servicios

como guía. Habría preferido Pedro vagar á su antojo, andar errante á la casualidad del descubrimiento y de la meditación, pero le dió pena el rechazar la oferta de un hombre que hablaba el francés bastante correctamente y que tenía además una buena y complaciente sonrisa. Era un hombrecillo rechoncho, antiguo soldado, de unos sesenta años, rostro cuadrado y rugoso, que cortaban grandes bigotes blancos.

—Si el señor abate quiere seguirme... Por lo que veo el señor abate es francés, yo soy piamontés, y conozco bien á los franceses con los que estuve en Solferino... Sí, si, digan lo que quieran no se puede olvidar cuando se ha sido hermanos... Mirad, subid por aquí... á la derecha.

Al levantar los ojos, vió Pedro la línea de cipreses que bordea la meseta del Palatino por la parte del Tíber, y que él había divisado antes desde el Janículo, el día de su llegada. En el aire delicadamente azul, el verde intenso de aquellos árboles, se destacaba como una faja negra. No se veía otra cosa que esos árboles, pues la pendiente se extendía desnuda y devastada, con un color gris de polvo, y con algunos matorrales en medio de los cuales aparecían los extremos de antiguos muros. Era aquello el estrago, la tristeza leprosa de los terrenos de escavaciones en los que solo se entusiasman los sabios.

—Los palacios de Tiberio, Calígula y los Flavios, están allá arriba,—dijo el guía,—pero los dejaremos para luego; ahora es preciso que demos la vuelta.

Sin embargo de esto, se dirigió hácia la izquierda y se detuvo ante una escavación, una especie de gruta abierta en el costado del monte.

—Era el antro lupercal, (1) en donde la loba amamantó á Rómulo y Remo. En otro tiempo, se veía allí á la entrada, la higuera Ruminal que abrigó á los dos gemelos.

No pudo Pedro contener una sonrisa, de tal manera le pareció era sencillo y estaba convencido de sus relatos el soldado que le acompañaba, muy orgulloso por otra parte con toda aquella gloria antigua que era suya. Pero cuando, muy cerca de la gruta, el digno veterano le enseñó los vestigios de la *Roma cuadrata*, restos de murallas que efectivamente parecían remontarse á la fundación de la ciudad se interesó más, y una primera emoción hízole latir el corazón. Y lo cierto era que el espectáculo no tenía nada admirable pues se trataba de algunos sillares de piedra, puestos unos sobre otros sin cemento ni argamasa de ninguna clase. Sólo que lo que allí había era que se evocaba un pasado de veintisiete siglos y aquellas piedras mohosas y ennegrecidas, adquirían una majestad extraordinaria, porque sirvieron para soportar un tan colosal edificio de esplendor y de poderío sin límites.

Continuó la visita y volvieron hacia la derecha flanqueando siempre el costado del monte. Los añejos del palacio debían haber llegado hasta allí; restos de pórticos, de salas hundidas, de columnas y de frisos colocados derechos, bordeaban el sendero tortuoso que daba vueltas entre las hierbas del cementerio. El guía, recitando de memoria lo que tan bien aprendido tenía por hacer diez años que lo decía á diario, siguió afirmando las hipótesis menos seguras, dando á cada resto un nombre, un empleo, una historia.

(1) Sitio en que estuvo emplazado posteriormente el templo dedicado al dios Pan.

—La casa de Augusto,—dijo al cabo, al mismo tiempo que un ademán señalaba unas tierras remotas.

Aquella vez, como no viese nada, se aurevió Pedro á preguntar:

—¿En dónde?

—¡Ah! Parece señor abate, que en el siglo pasado se veía aún la fachada y se entraba por el otro lado, por la Vía Sacra. Por esta parte había un gran balcón que dominaba el gran Circo Máximo y desde el que se presenciaban los juegos. Además, como vos mismo podeis verlo, el palacio se encuentra aún casi totalmente debajo de ese gran jardín que hay en lo alto, el jardín de la Villa Mills y cuando haya dinero para continuar las excavaciones, lo encontrarán, y es tan seguro esto, como encontraron los templos de Apolo y de Vesta que lo acompañaban.

Volvióse hácia la izquierda y entró en el *Stadium*, circo pequeño que se usaba para las carreras entre peatones que se extendía en el costado mismo de la casa de Augusto, y aquella vez el presbítero, enagenado, empezó á apasionarse. No era ni mucho menos que hubiese allí una ruína suficientemente conservada y de aspecto monumental, pues no quedaba ninguna columna en su sitio y únicamente las murallas de la derecha eran las que estaban en pie; pero habían hallado todo el trazado, con los mojones en cada extremo, el pórtico alrededor de la pista y el colosal palco del emperador, que en la casa de Augusto estaba á la izquierda y que se abrió después enseguida á la derecha embutido en el palacio de Septimio Severo. Y el guía seguía cruzando por entre aquellos esparcidos despojos dando explicaciones abundantes y precisas y asegurando que los señores de

la Dirección de las excavaciones, tenían el plano del *Stadium* con sus más pequeños detalles hasta el extremo de que podían fijarlo todo con exactitud con los órdenes de columnas, las estatuas con sus nichos y la naturaleza de los mármoles que cubrían las paredes.

—¡Ah! Lo que esos señores están muy satisfechos,—declaró al cabo, con un aire sumamente satisfecho.—Los alemanes no tendrán por que morder y aquí no vendrán á resolverlo todo como han hecho en el *Forum* que no lo conoce nadie desde que ellos han pasado por allí con su ciencia.

Pedro se sonrió y el interés fué en aumento cuando siguió al guía pasando por escaleras rotas y puentes de madera, echados sobre los hoyos y agujeros en las gigantescas ruinas del palacio de Septimio Severo. El palacio se elevaba en el extremo meridional del Palatino, dominando toda la vía Appia y toda la campiña á lo lejos hasta perderse de vista. No quedan de él más que las obras de fábrica y las salas subterráneas construídas bajo las arcadas de las terrazas con que habían ensanchado la meseta del monte, que había llegado á ser demasiado estrecha, y esas obras de fábrica gigantes y subterráneas, descoronadas, pues les faltaba el remate, bastan para dar idea del palacio que sustentaban, de tal manera conservan aun su enormidad y potencia con su masa indestructible. Allí se elevaba la famosa *Septizonium*, la torre de siete pisos que se conservó hasta el siglo XIV. Una terraza avanza aun sostenida por arcadas ciclópeas y cuya vista es admirable. Después de esto no hay más que un amontonamiento de gruesas murallas medio derruídas, de abismos abiertos á través de techos hundidos, de hileras de corredores sin fin y de salas inmensas cuyo uso se ignora.

Todas esas ruínas muy bien conservadas por la administración actual, barridas y desembarazadas de plantas parásitas, perdieron su aspecto selvático y romántico para adquirir una grandeza desnuda y pesada. Pero los haces de rayos del sol viviente doraban las antiguas murallas, penetraban por las brechas hasta el fondo de las tenebrosas salas y animaban con su esplendoroso polvillo la muda melancolía de aquella soberanía muerta, exhumada de la tierra, bajo la que durmiera durante tantos siglos. Sobre las antiguas enrojecidas obras de albañilería, hechas con ladrillos cubiertos de cemento y despojadas de su fastuoso revestimiento de mármol, el manto purpúreo del sol extendía de nuevo toda una gloria imperial.

Hacia cerca de hora y media que Pedro recorría aquellos lugares y le faltaba aun visitar el montón de los palacios anteriores, en la meseta misma, al Norte y al Este.

—Tenemos que desandar lo andado,—dijo el guía,—pues como véis los jardines de la villa Mills y el convento de San Buenaventura no nos dejan seguir. No se podrá pasar hasta que las excavaciones hayan desembarazado todo eso. ¡Ah! ¡Si hace apenas cincuenta años os hubiéseis paseado por aquí, señor abate! He visto los planos de aquella época y no había ahí más que viñas y huertecitos, separados por setos, una verdadera campiña, un desierto verdadero en el que no se encontraba un alma, ¡y pensar que todos esos palacios dormían debajo!

Siguióle Pedro y volvieron á pasar por delante de la casa de Augusto, subieron y fueron á desembocar al palacio de los Flavios, inmenso y medio sepultado aun bajo las tierras de la villa vecina. Componíase de un

gran número de salas grandes y pequeñas acerca de cuyo empleo se está discutiendo aun. La sala de justicia, la sala del trono, el comedor y el peristilo parece que se sabe, sin duda, cuales son; pero, con todo, lo demás no hay otra cosa que fantasía, sobre todo tratándose de las habitaciones pequeñas de los departamentos privados. Y, aparte de esto, ni una sola pared está entera, no hay más que cimientos que asomaban al ras del suelo y basamentos truncados que dibujaban en la tierra el plan del edificio. La única ruína conservada como por milagro en la parte de hácia abajo, es la casa que dicen haber pertenecido á Livia, casa pequeña al lado de aquellos palacios inmensos y de la que se conservan aun intactas tres salas con sus pinturas murales, escenas mitológicas, flores y frutas de singular frescura. En cuanto á la casa de Tiberio no parece ni una sola piedra y sus restos están ocultos bajo un precioso jardín público que es continuación, sobre la meseta, de los antiguos jardines Farnesio y de la casa de Calígula, al lado, no existen más, y lo mismo sucede con la de Septimio Severo, que unos cimientos enormes, contrafuertes, pisos superpuestos y elevadas arcadas sobre las que se levantaba el palacio, formando una especie de sótanos en los que vivían hartos y repletos y en continúa francachela los criados y cuerpos de guardia. Toda aquella alta cima, desde la que se dominaba la ciudad, no presentaba más que vestigios que apenas se podían reconocer, grandes terrenos grises y desnudos ahondados por la piqueta y el azadón y herizados con los restos de algún antiguo muro; se necesitaba un erudito esfuerzo de imaginación para reconstituír el antiguo esplendor imperial que había triunfado allí.

No por eso dejó el guía de continuar sus explicaciones con tranquila convicción, señalando el vacío, como si los monumentos se levantasen aun ante sus ojos.

—Aquí estamos en la plaza Palatina. Ved ahí, la fachada del palacio de Domiciano está á la izquierda, la del de Calígula á la derecha y volviéndoos tendréis enfrente el templo de Júpiter Stator... La Vía Sacra llegaba hasta esta plaza y pasaba por la puerta Mugonia, una de las tres antiguas puertas de la Roma primitiva.

Interrumpióse señalando con el gesto la parte noroeste del monte.

—Como observaréis, los Césares no han construído nada por esta parte é indudablemente se debe á que tuvieron que respetar muy antiguos monumentos anteriores á la fundación de la ciudad y muy venerados del pueblo. Ahí estaban el templo de la Victoria construído por Evandro y sus arcadios, el Antro Lupercal, que os enseñé, la humilde cabaña de Rómulo hecha con abrojos y tierras... Todo eso se ha ido encontrando, señor abate, y, á pesar de cuanto digan los alemanes, no puede haber ninguna duda.

Pero de pronto, y como un hombre á quien se le olvidó algo muy importante, exclamó:

—¡Ah! Para concluir; vamos á visitar el subterráneo en que asesinaron á Calígula.

Y bajaron á una larga galería cubierta, en la que el sol penetra hoy por algunas brechas iluminándola alegremente. Se conservan aún en algunos sitios el revestimiento de estuco y varios trozos de mosaico. El lugar es de los más tristes y desiertos y á propósito para el horror trágico. La voz del veterano soldado se había

tornado sombría y contó de que manera Calígula, que regresaba de presenciar los juegos palatinos, tuvo el capricho de bajar á aquel corredor para asistir á las danzas sagradas que aquel día estaban ensayando unos jóvenes llegados del Asia. Y fué allí, en la sombra, donde Chereas, el jefe de los conjurados, pudo herirle el primero en el vientre. El emperador quiso huir gritando, pero entonces los asesinos, hechuras y amigos suyos todos, los más queridos, se arrojaron sobre él, le derribaron y le acribillaron á puñaladas mientras que, loco de rabia y de miedo, llenaba el obscuro y sordo corredor con aullidos de bestia á la que degüellan. Cuando murió todo quedó en silencio y los asesinos asustados huyeron.

La visita clásica á las ruínas del Palatino estaba terminada y cuando Pedro subió no experimentó más que un deseo, el de desembarazarse de su guía para quedarse solo en aquel jardín tan desierto, tan propio para la meditación, que coronaba la cima del monte dominando á Roma. Pronto haría tres horas que andaba dando vueltas por allí, oyendo aquella voz gruesa y monótona que zumbaba en sus oídos sin perdonarle ni la descripción de una piedra. A la sazón el buen hombre la había emprendido otra vez con su cariño á Francia y se entretenía dando largos detalles de la batalla de Magenta. Tomó, sonriendo cariñosamente, la moneda de plata que le dió el presbítero, y á continuación púsose á hablar de la batalla de Solferino. Aquello tenía trazas de no acabar nunca, cuando la suerte quiso que se presentase una señora que necesitaba hacer una pregunta. El guía se apresuró á acompañarla.

—Adiós, señor abate, podeis bajar por el palacio de Calígula. Ya sabeis que una escalera secreta practicada

en el suelo iba á parar de ese palacio á la casa de las Vestales, abajo, en el Foro. No la han encontrado pero debe estar.

¡Ah! ¡Qué desahogo más agradable experimentó Pedro, que sólo, al cabo; pudo sentarse en uno de aquellos bancos de mármol del jardín! No había en éste más que unos cuantos grupos de árboles, bojés, cipreses y palmeras y unas hermosas encinas verdes, á cuyo pie encontrábase el banco, tenían una sombra de una frescura exquisita. Y el encanto procedía también de aquella soledad que convidaba á meditar, del silencio estremecedor que parecía salir del viejo suelo saturado de historia; de la historia más resonante, en el estallido de un orgullo sobrehumano. Antiguamente los jardines Farnesio habían convertido esa parte del monte en un lugar ameno, lleno de florestas y los edificios de la villa, aunque bastante estropeados consérvanse todavía y sin duda toda una gracia persiste aún; el soplo del Renacimiento pasa siempre como una caricia por las relucientes hojas de las añosas encinas verdes. Allí se está en plena alma del pasado, en medio de un vaporoso pueblo de visiones bajo los alientos errantes de generaciones sin número, adormecidas bajo las hierbas.

Pero Roma esparcida á lo lejos, al rededor de aquel augusto monte, llamó tan vivamente la atención á Pedro, que no le fué posible continuar sentado. Se levantó y acercó á la baranda de una terraza y á sus pies vió desarrollarse el Forum y en el extremo se le apareció el Monte del Capitolio.

Todo aquello no era más que un amontonamiento de construcciones grises sin grandeza ni hermosura. Dominando el monte no se veía más que la fachada trasera del palacio de los Senadores, una fachada lisa, de

estrechas ventanas y coronada por elevada torre cuadrada. Aquel gran muro desnudo, de un color mohoso, ocultaba la iglesia de Araceli, el remate en donde, en otros tiempos, resplandecía el templo de Júpiter Capitolino con su realeza de sobrehumana protección. Después á la izquierda, en la pendiente del Caprinus, en donde pacían las cabras en la Edad media, veíanse algunas feas casas, mientras que algunos hermosos árboles del palacio Caffarelli, ocupado por la embajada de Inglaterra, reverdecían lo alto de la antigua roca Tarpeya, casi incontrable hoy, perdida, ahogada bajo los muros hechos para cimentar. Y allí se veía aquel monte del Capitolio, la más gloriosa de las siete colinas, con su fortaleza, su templo, al que estaba prometido el imperio del mundo, el San Pedro de la Roma antigua; aquel monte escarpado por la parte del Forum, cortado á pico por la del Campo de Marte y con aspecto formidable. Aquel era el monte que el rayo visitabay al que el Bosque del Asilo con sus sagradas encinas, en las edades más lejanas, hacía tenebroso, estremecedor y de un misterio bravío. Más tarde, la grandeza romana tuvo allí las tablas de su estado civil; subieron los triunfadores, los emperadores se convirtieron en dioses, en pie con sus estatuas de mármol. Y los ojos al contemplarlo, buscan con asombro como tanta historia, tanta gloria han podido encerrarse en tan poco espacio, en un islote montuoso y confuso, con sus mezquinos techos, una topinera no mucho más grande ni más elevada que un pueblecillo edificado entre dos valles.

La otra sorpresa fué después para Pedro el Forum, saliendo del Capitolio y alargándose hasta debajo del Palatino, una plaza estrechada entre las colinas inmediatas; un fondo bajo, en el que Roma, al engrandecerse tuvo

que amontonar los edificios, ahogándose y faltándoles el espacio. Ha sido preciso ahondar mucho para encontrar el suelo venerable de la República bajo los quince metros de aluvión amontonados por los siglos, y el espectáculo no es ahora más que una gran fosa sin color, conservada con esmero, sin matorrales ni hiedras, en la que aparecen restos de huesos, fragmentos del pavimento, los zócalos de las columnas y los macizos de los cimientos. En el suelo, la basílica Julia, reconstituida por completo, es como la proyección del plano de un arquitecto. Sólo, por esa parte, el arco de Septimio Severo ha conservado su anchura intacta, mientras que algunas columnas que quedan del templo de Vespasiano, aisladas y en pie por un milagro en medio de tanto hundimiento, han adquirido una elegancia altiva, una audacia soberana de equilibrio, elevándose finas y doradas por el sol hácia el cielo azul. La columna de Phocas está allí también de pie y en cuanto á la *rostra* (1) al lado se ve que la han ido restableciéndola con trozos encontrados en los alrededores. Pero es preciso ir más lejos que las tres columnas del templo de Castor y Polux, más lejos que los vestigios de la casa de las Vestales; más allá del templo de Faustino en el que la iglesia cristiana de San Lorenzo se instaló; más lejos aun del templo redondo de Rómulo, para experimentar la extraordinaria sensación de enormidad que produce la basílica de Constantino con sus tres colosales cúpulas abiertas. Vistas desde el Palatino se diría que son pórticos abiertos para un mundo de gigantes, y de tal espesor su obra de albañilería, que un fragmento que se

(1) Tribuna desde la que se arengaba al pueblo en Roma y que estaba adornada con espolones de las naves apresadas al enemigo.

desprendió de una arcada yace en el suelo semejante á un bloque caído de una montaña. Y allí en ese Forum ilustre, tan estrecho y desbordante, se desarrolló la historia del más grande de los pueblos desde la leyenda de las Sabinas, reconciliando á romanos y sabinos hasta la proclamación de las libertades públicas lentamente conquistadas por los plebeyos y arrancadas al patriciado. ¿No era á la vez el Mercado, la Bolsa, el Tribunal, la sala de las Asambleas políticas abierta al aire libre? Los Gracos defendieron allí la causa de los humildes, Sylva puso de manifiesto sus listas de proscripción, Cicerón habló y allí, en aquella tribuna, colgaron su ensangrentada cabeza. Más tarde los emperadores oscurecieron su antiguo brillo; los siglos ocultaron bajo el polvo los monumentos y los templos hasta el punto de que la Edad media sólo halló terreno para instalar un mercado de bueyes. Ha vuelto el respeto; pero es un respeto violador de tumbas, una fiebre de curiosidad y de ciencia que se irrita con las hipótesis y se extravía en ese suelo histórico en que las generaciones se sobrepone, dividiéndose la opinión entre las quince ó veinte reconstituciones que se han hecho del Forum y tan plausibles las unas como las otras. Para un simple curioso, que no sea ni erudito ni literato de profesión, que no haya leído la antigua historia de Roma, desaparecen los detalles y no queda, en aquel terreno socabado por todas partes, más que un cementerio de la ciudad en el que blanquean las antiguas piedras descubiertas, y del que se desprende la gran melancolía de los pueblos muertos. De sitio en sitio veía Pedro la Vía Sacra que reaparece, da la vuelta, baja, sube con su embaldosado en el que el rodar de los carros produjo surcos y pensó en el triunfo, en la subida del triunfador

al que su carro debía imprimir rudos vaivenes sobre aquel áspero camino de la gloria.

Hacia el Sudeste el horizonte se prolongaba aún y veía la gran masa del Coliseo, más allá del Arco de Tito y del de Constantino. ¡Ah! ¡Ese coloso del que los siglos no han cortado más que la mitad como con un inmenso golpe dado con una hoz y que permanece con su enormidad, con su majestad, lo mismo que un encaje de piedra, con sus centenares de huecos vacíos y abiertos á la claridad del cielo! Aquello es un mundo de vestíbulos, escaleras, corredores y pasillos, un mundo en el que uno se pierde en medio de una soledad y de un silencio de muerte, y en el interior las escaleras medio derruidas, carcomidas por el aire, parecen los escalones informes de algún cráter apagado, una especie de circo natural tallado por la fuerza de los elementos en plena roca indestructible. Los grandes soles de mil ochocientos años han recocado y tostado aquella ruína que ha vuelto al estado de naturaleza, desnuda y dorada como el costado de una montaña, desde que la despojaron de la vegetación y de toda la flora que la había convertido en un bosque virgen. Y ahora, que evocación, cuando sobre aquella osamenta muerta, la imaginación colocó la carne, la sangre y la vida y llena el Circo con los noventa mil espectadores que podía contener, desarrolla los juegos y los combates en la arena, coloca allí una civilización desde el emperador y su corte hasta la oleada de la plebe con la agitación y el esplendor de todo un pueblo inflamado de pasión, bajo el rojo reflejo del gigantesco *velum* (1) de púrpura. Después, más á lo lejos, en el horizonte, veíase otra ruína cicóplea, las *thermas* de Caçaralla, dejadas allí como los

(1) Toldo que cubría el Circo.

vestigios de una raza de gigantes desaparecida de la tierra; salas de una amplitud y de una altura extravagante é inexplicable; dos vestíbulos capaces de recibir la población de una ciudad; un *frigidarium* (1) en el que la piscina podía contener á la vez quinientos bañistas; un *tepidarium* (2), un *caldarium* (3) todo del mismo tamaño y nacido de la locura de lo enorme. La masa grandiosa del monumento, el espesor de sus macizos muros, tales como no los empleó jamás ningún fuerte castillo y toda esa inmensidad que hace que los visitantes que cruzan por allí tengan el aspecto de hormigas extraviadas. Hay allí un tan extraordinario derroche de cemento y de ladrillos, que uno se pregunta para que hombres, para que multitudes inmensas, se construyó aquel edificio. Al ver aquellos escombros, diríase hoy que son rocas sin labrar, materiales derrumbados desde cualquier cima y allí amontonados para la construcción de una vivienda de Titanes.

Estaba Pedro como aturdido por aquel pasado demenzado, en cuyo centro se hallaba. Por todas partes, desde los cuatro puntos cardinales del vasto horizonte, resucitaba la Historia y subía hasta él con una ola desbordante. Al Norte y al Oeste, aquellas azuladas llanuras que se veían hasta lo infinito, eran las de la Etruria antigua; las montañas de la Sabina recortaban hacia el Este sus dentadas crestas, mientras que hacia el Sur, los montes Albanos y del Lacio extendíanse bajo una lluvia del dorado polvillo del sol. Y Alba Longa estaba allí, lo mismo que el Monte Cave, coronado de encinas

(1) Lugar frío en que estaban los baños con agua á la temperatura natural.

(2) Baños de agua templada.

(3) Estufa de los baños.

con su convento que reemplazó al antiguo templo de Júpiter. Después á sus pies, al otro lado del Foro, más allá del Capitolio, extendíase Roma entera con el Esquilino enfrente, el Coelio y el Aventino á la derecha, los demás montes que no podía ver desde allí, el Quirinal y el Viminal á su izquierda. Detrás, en las orillas del Tíber estaba el Janículo; y la ciudad entera, adhiriendo voz, contábale su grandeza muerta.

Verificóse entonces en él una evocación involuntaria, una resurrección viviente: aquel Palatino que acababa de visitar, aquel Palatino grisiento, solitario, arrasado como ciudad maldita y sembrado de muros que se tambaleaban amenazando desplomarse, se animó de pronto, se pobló y retoñó otra vez con sus palacios y sus templos. Era la cuna misma de Roma; Rómulo fundó á Roma sobre aquella meseta dominando el Tíber, mientras que los Sabinos enfrente ocupaban el Capitolio. Los siete reyes de los dos siglos y medio de monarquía vivieron allí, indudablemente allí encerrados, en aquel recinto de elevadas murallas que sólo tenía acceso por tres puertas. Enseguida desarrolláronse los cinco siglos de República, los más grandes, los más gloriosos, durante los cuales se sometió primero á la península itálica y después el mundo entero á la dominación romana. Durante esos años gloriosos de luchas sociales y guerreras, Roma, al engrandecerse, ocupó las siete colinas, y el Palatino no fué entonces más que la cuna venerable con sus templos legendarios que, después, se vió invadido poco á poco por casas particulares; pero César, en el que se encarnaba todo el poderío de la raza, acababa de vencer, en nombre del pueblo romano entero á los Galos, y en Farsalia de triunfar como dictador y emperador, terminó la colosal



faena de que los nuevos cinco siglos de imperio iban á aprovecharse fastuosamente con el galope desenfrenado de todos los apetitos. Y Augusto podía apoderarse del poder, la gloria había llegado á su colmo, los millares de millones esperaban en el fondo de las provincias á que fuesen á robarlos, comenzó la gala imperial en la capital del mundo, á los ojos de las naciones lejanas, deslumbradas y vencidas. Augusto nació en el Palatino y su orgullo, después de que la victoria de Actium le dió el imperio, fué el de reinar desde lo alto de aquel monte sagrado, venerado del pueblo. Compró las casas particulares, las derribó, edificó su palacio con un esplendor de lujo hasta entonces desconocido; un atrio sostenido por cuatro pilastras y ocho columnas; un peristilo al que rodeaban cincuenta y seis columnas del orden jónico; habitaciones particulares al rededor, todo ello de mármol. Además una profusión de mármoles, llevados hasta á costa de gastos enormes desde puntos distintos del extranjero, de los colores más vivos y semejantes por su brillo á piedras preciosas. Se alojó con los dioses; elevó su palacio cerca del gran templo de Apolo y del de Vesta para asegurarse así la realeza divina y eterna. Desde aquel momento habíase arrojado allí la simiente de los palacios imperiales é iban á crecer, á polular, cubriendo el Palatino entero.

¡Ah! ¡Aquella omnipotencia de Augusto, aquellos cuarenta y cuatro años de un poder total, absoluto, sobrehumano tal cual no lo conoció jamás, ni aun en la locura de los ensueños ningún tirano, no ha tenido nunca igual! Hízose dar todos los títulos y reunió en su persona todas las magistraturas. Imperator y cónsul, tenía el mando de todos los ejércitos y ejercía el poder ejecutivo; procónsul, tenía la supremacía sobre todas

las provincias; censor perpétuo y príncipe, reinaba sobre el senado y tribuno, era el amo del pueblo. Hizo además que le proclamasen Augusto, sagrado dios entre los hombres, teniendo sus templos, sus sacerdotes, siendo adorado en vida como una divinidad de paso por la tierra. Quiso por último ser gran pontífice, uniendo el poder civil al poder religioso, realizando de este modo, y con un golpe de genio, la totalidad de la dominación suprema á que se puede aspirar. El gran pontífice no podía vivir en una casa privada y declaró la suya propiedad del Estado. El gran pontífice no se podía alejar del templo de Vesta é instaló en su palacio un templo de esa diosa dejando á las Vestales, al pie del Palatino, la custodia del antiguo altar. Nada se le oponía, porque comprendía perfectamente que la soberanía humana, la mano puesta sobre los hombres y la sociedad, estaba ahí en ese doble poderío en una persona, en ser á la vez rey y sacerdote, emperador y papa. Toda la sávia de una raza fuerte, todas las victorias amasadas y todas las fortunas aún esparcidas, florecieron bajo Augusto con un esplendor único, que nunca más debían tener. Fué en realidad de verdad el amo de la tierra, que apoyó el pie sobre la frente de los pueblos conquistados y pacificados rodeándole una gloria inmortal de arte y de literatura. Parece que en Augusto quedó satisfecha la antigua y codiciosa ambición de su pueblo, los siglos de paciente conquista que empleó para ser el pueblo rey. Es la sangre romana, la sangre de Augusto, la que al cabo enrojeció al sol convertida en púrpura. Es la sangre de Augusto, divino, triunfante, soberano absoluto de almas y cuerpos, esa sangre de un hombre al que fué á parar la larga herencia de siete siglos de orgullo nacional y del que una poste-

ridad de orgullo universal inconmensurable y sin fin, descenderá á través de las edades. Porque desde entonces estaba hecho, y era la sangre de Augusto la que debía renacer y latir en las venas de todos los amos de Roma, persiguiéndoles con el sueño eternamente reproducido, de la posesión del mundo. Por un momento se realizó el ensueño. Augusto, emperador y pontífice, poseyó á la humanidad, la tuvo toda entera en su mano sin reserva y como á cosa propia. Y luego, después de la decadencia, cuando el poder se dividió de nuevo y ha sido repartido otra vez entre reyes y sacerdotes, los papas no tuvieron deseo más apasionado que ese ni otra política secular, que la de querer reconquistar el poder civil, la totalidad de la dominación, abrasándoles el corazón la sangre atávica, la bocanada roja y devoradora de la sangre del antepasado.

Después de muerto Augusto, cerrado su palacio, consagrado y convertido en un templo, veía Pedro surgir del suelo el palacio de Tiberio. Era en aquel mismo sitio, bajo sus pies, bajo aquellas frondosas y verdes encinas que le daban sombra á él. Lo soñó grande y sólido con patios, pórticos, salas, á pesar del humor sombrío del emperador que vivió lejos de Roma, en medio de una muchedumbre de delatores y de gentes estragadas por los vicios, y con el cerebro y el corazón envenenados por el poder con el que llegó hasta el crimen, hasta los accesos de las más extraordinarias demencias. Después de éste era el palacio de Calígula el que surgía, como un ensanche del palacio de Tiberio, con grandes arcadas para alargar sobre ellas las construcciones, un puente arrojado sobre el Foro y que iba á parar al Capitolio á donde el príncipe quería ir con facilidad para hablar con Júpiter, del que decía que

era hijo, y el trono le volvió á éste también tan feroz que le convirtió en un loco furioso suelto en su omnipotencia. Después de Claudio, Nerón, que con más orgullo y desdén, consideró pequeño para él el Palatino exigiendo, necesitando un Palacio inmenso y se apoderó de los deliciosos jardines que llegaban hasta la cumbre del Esquilino para instalar su palacio de Oro, un ensueño de la enormidad dentro de la suntuosidad, ensueño que no pudo realizar hasta el fin y cuyas ruínas tardaron poco en desaparecer, durante las turbulencias que siguieron á su vida y á su muerte de monstruo cegado por el orgullo. Después en dieciocho meses Galba, Oton y Vitelio cayeron el uno sobre el otro, en el fango y en la sangre, vueltos á su vez por la púrpura en monstruos y en imbéciles, atiforrados de goces en la gamella imperial y semejantes á bestias inmundas. A éstos suceden los Flavios, con un reposo al principio de la razón y de la bondad humanas; Vespasiano y Tito, que construyeron muy poco en el Palatino y Domiciano con quien empieza otra vez la locura sombría de la omnipotencia, bajo el régimen del miedo y de la delación, de las atrocidades absurdas, crímenes, desórdenes fuera de lo natural, construcciones de una vanidad loca, cuyo fasto competía con el de los templos elevados á los dioses; tal era aquel palacio de Domiciano, separado únicamente por estrecha callejuela del de Tiberio y que se elevaba colosal, como un palacio de apoteosis, con su sala de audiencias con trono de oro, con dieciseis columnas de mármoles frigos y húmedas, ocho nichos adornados con admirables estaturas, con su sala de justicia, un comedor inmenso, su peristilo, sus habitaciones particulares en las que el granito, el pórfido y el alabastro se emplearon sin medida, trabajados por

artistas famosos y se prodigaron para deslumbramiento del mundo. Algunos años más tarde se añadía otro palacio á la enorme masa de todos los demás, el palacio de Septimio Severo, construcción engendrada también por el orgullo, con elevadas arcadas que soportaban altas salas, pisos que se elevaban sobre terrazas, torres que dominaban los techos, un amontonamiento babilónico, construido allí en el extremo del monte, en frente de la vía Appia, para que, decían, los compatriotas del emperador, los provincianos idos desde Africa, en donde él había nacido, pudiesen, desde el horizonte, maravillarse de su fortuna y adorarle en su gloria.

Y entonces veía Pedro todo aquello en pie y resplandeciente de lujo y de riqueza; tenía delante y á su alrededor, todos aquellos palacios evocados y resucitados á la luz del sol. Estaban como pegados los unos á los otros y separados apenas por estrechos pasadizos. Con el deseo de no perder ni una pulgada de terreno de aquel monte sagrado, habían crecido en una masa compacta, lo mismo que la eflorescencia de la fuerza, del poderío y del orgullo más desordenados, satisfaciéndose con montones de millones y sangrando al mundo entero para que uno gozase de todo, y, á la verdad, no había habido allí más que un palacio único, sin cesar agrandado á medida que el emperador difunto pasaba á ser dios y que el nuevo, decretando la divinización de la mansión consagrada, convertida quizás en templo ó en la que quizás le espantaba la sombra de la muerte, experimentaba la imperiosa necesidad de construirse un palacio para él, detallar en la eternidad de la piedra el indestructible recuerdo de su reino. Todos experimentaron ese furor de la construcción, que parecía provenir del suelo, del trono que ocupaban y que renacía en

cada uno de ellos con creciente intensidad devorándoseles con la necesidad de luchar, de exceder con la altura y espesor de los muros á los que les habían precedido, sobrepujándolos con aquellos extraordinarios amontonamientos de mármoles, de columnas y de estatuas. Y el pensamiento de esa supervivencia gloriosa era la misma en todos, dejar á las generaciones asombradas el testimonio de su grandeza, perpetuarse con las maravillas que no debían perecer, pesar para siempre sobre la tierra con todo su peso de colosos cuando ya el viento se hubiese llevado sus ligeras cenizas. Por esto la meseta del Palatino no fué más que base venerable de un monumento prodigioso, una vegetación feraz de edificios superpuestos, apilados, en los que cada nuevo edificio añadido era como un acceso eruptivo de la fiebre del orgullo, y cuya masa, con el brillo de nieve de los blancos mármoles, con los tonos más vivos de los mármoles de color, acabó por coronar á Roma entera, y hasta á la tierra, con la casa soberana, palacio, templo, basílica ó catedral, lo más insolente, la más extraordinaria que jamás se haya elevado bajo la capa del cielo.

Pero la muerte estaba en ese exceso de fuerza y de gloria. Siete siglos y medio de monarquía y de república hicieron la grandeza de Roma y cinco siglos de imperio iban á comerse hasta el último músculo del pueblo rey. Fué también lo que contribuyó el inmenso territorio, las provincias más lejanas saqueadas poco á poco, agotadas, el fisco devorándolo todo y abriendo la sima de la bancarrota inevitable y el pueblo bastardeado, envilecido, envenenado con el tósigo de los espectáculos y luchas públicas y degenerado hasta llegar á la holgazanería desordenada de los Césares, mientras los mercenarios se batían y cultivaban el suelo. Desde

Constantino, tuvo Roma una rival, Bizancio, y el desmembramiento se llevó á cabo con Honorio y doce emperadores bastaron entonces para acabar la obra de descomposición, con la presa moribunda que había que despedazar, hasta llegar al último, á Rómulo Augústulo, el miserable enteco cuyo nombre es como una irrisión de toda aquella gloriosa historia, una doble bofetada dada al fundador de Roma y al fundador del imperio. En el desierto Palatino los palacios y el colosal amontonamiento de murallas, de pisos, de terrazas, de elevados techos, seguía triunfando. Y sin embargo ya habían arrancado adornos y quitado estatuas para llevárselas á Bizancio. El imperio, convertido al Cristianismo cerró los templos, apagó el fuego de Vesta, respetando aun el antiguo *Palladium*, (1) la estatua de oro de la Victoria, símbolo de la Roma eterna que había estado religiosamente guardada en la propia habitación del emperador. Hasta el siglo cuarto conservó su culto; pero al llegar al quinto, los bárbaros lo invaden todo, saquean é incendian á Roma, llevándose á carros llenos los despojos que respetaron las llamas. Mientras que la ciudad dependió de Bizancio, vivió allí un superintendente de los palacios reales cuidando del Palatino; luego todo se anega, todo se hunde en la negra noche de la Edad media. Parece ser que desde entonces los papas ocuparon lentamente el puesto de los Césares sucediéndoles en sus abandonados palacios de mármol y en su voluntad siempre viva de dominación. Con seguridad habitaron en el palacio de Septimio Severo, y se verificó un concilio en la Septizonium de la misma manera que más tarde á Gelasio II eligié-

(1) Templo de Palas.

ronle en el monasterio de una colina inmediata y en aquel monte de apoteosis. Era aun Augusto, saliendo de su tumba y haciéndose de nuevo dueño del mundo con su Sacro Colegio que iba á renovar el antiguo Senado romano. En el siglo XII la torre de Septizonium pertenecía á los monjes camaldulenses los cuales la cedieron á la poderosa familia de los Frangipani que la fortificaron como lo habían hecho también con el Coliseo, los arcos de Constantino y de Tito, convirtiéndolo todo en una vasta fortaleza que engloba el monte venerable, la cuna, casi por completo. Y las violencias, de las guerras civiles, los estragos de las invasiones pasaron como los huracanes, derribaron las murallas y arrasaron palacios y torres. Más tarde vinieron generaciones que invadieron las ruinas y se establecieron en ellas con el derecho del hallazgo y de la conquista, y construyeron graneros, cuevas, depósitos de forraje ó cuadras para el ganado. En las tierras de acarreo que cubrieron los mosaicos de las salas imperiales, creáronse huertos ó se sembraron vides. Por todas partes crecieron las ortigas obstruyendo aquellos campos desiertos y los matorrales y las hiedras acabaron de destrozar los pórticos caídos. Y llegó un día en que el colosal amontonamiento de palacios y de templos, y la triunfal hablación de los emperadores, que el mármol debía hacer imperecedera, pareció como que se hundía en el polvo del suelo, desaparecía bajo la oleada de tierra y de vegetación que la impasible Naturaleza hizo rodar sobre ella. Cuando el sol ardiente iluminaba todo aquello entre las flores silvestres, no se veían más que enjambres de grandes moscas zumbadoras, mientras que los rebaños de cabras vagaban en libertad á través